

AUTORRETRATO IMAGINADO
Cristóbal Zamora

Llenguatges no verbals (Imatge)
Comunicació Àudiovisual

La casa del barrio de la Boca de Buenos Aires me pone una camiseta de manga corta. Su color, su temperatura, actúa sobre mí como un bálsamo de optimismo, haciendo de cada momento el mes de mayo. Entre las ventanas abiertas entran y salen gritos de niños jugando en la calle, el sonido de un transistor, martillazos desde alguna habitación y voces a pie de portal. Son ventanas abiertas al cielo. Son las ventanas de una casa que además de cemento es carne y hueso: sus inquilinas, las hermanas mellizas Victoria y Soledad.

Es una casa con cuerpo y alma. El cuerpo de las dos hermanas y el alma, una metáfora de mí: las contradicciones entre Victoria y Soledad y mi lucha por abrazarlas a las dos. La casa vive una vida emocionada. Alberga la historia de Victoria y Soledad y es testigo de sus disputas. Las dos hermanas viven en un permanente conflicto para convertirse en la dueña del corazón de la casa, que es el mío. La casa tiene sitio para las dos pero sabe que sólo puede amarlas por separado.

Victoria es viuda pero lo tiene todo. Guarda luto pero se arregla. Sabe que la vida le sigue guardando la posibilidad de ser amada. Está cerca y está lejos, de frente y de lado a la vez. Se muestra y al mismo tiempo quiere ver. Todo su volumen se representa en un único plano, donde vemos de frente al mismo tiempo que detrás, a derecha y a izquierda. Se erige como una imagen perpetua de múltiples imágenes posibles en distintos espacios y distintos tiempos que se muestran simultáneamente. Eso mismo la convierte en una dama dinámica.

Victoria es la dama entre las damas, la más deseada y sin embargo quiere seducirme. Para ello se acerca a mí y vuelve a alejarse. Me observa de cerca y se deja ver. Puede mostrarse de múltiples formas en función de la orientación del plano en que se inscribe. Puede envolverme y una vez me haya cautivado puede hechizarme para que jamás la abandone. A Victoria le gusta pasear su elegancia, enseñar su clase y generar la admiración y el deseo. Se distingue por su marco interior, de puro lujo y cremoso desenfreno.

La casa es un palacio, como el de la canción, donde nunca falta espacio para más de un corazón. En ella laten los impulsos de Victoria y Soledad y los suyos propios, que son los míos. Mi corazón es mi reflejo en el espejo, mi anhelo de amar a las dos hermanas, de tenerlas a las dos. El espejo es el punto de partida de una imagen circular que refleja mi rostro, dividido, en contradicción. Mi rostro se manifiesta como principio y fin del recorrido de la mirada, donde el origen y el final se muestran como imágenes con distintas tensiones. El recorrido circular de la mirada genera volumen en la imagen y sólo en este espacio puede desdoblarse mi vida para amar a las hermanas mellizas.

Soledad es misteriosa. Es una mujer sufrida, callada, mal querida. Incomprendida por todos y pretendida por mí. Ella sólo puede quererse a sí misma y yo quiero quererla. Es silenciosa, de figura reposada, con piernas cuyos ángulos dan perspectiva a la imagen. Una perspectiva que se quiebra al proyectarse sobre ella misma, de modo que su misma imagen se manifiesta doblemente en el mismo plano, impidiendo así la progresión en el

espacio. Ella, a diferencia de su hermana melliza, no se muestra a partir de imágenes de distintos lugares y distintos tiempos expuestas de forma simultánea. Soledad sólo puede manifestarse a través de mismas imágenes de ella misma, como las que le escupe el espejo.

Soledad aparece primero de cara a sí misma y luego, de espaldas. En ningún caso, sin embargo, muestra su rostro, ni directamente, ni a través del cristal. Es el deseo en persona. Se manifiesta ante mí como una tentadora espalda desnuda que parece intocable. Una espalda que es luz, que es beso, que será sombra y caricia. Una espalda arropada con suaves toallas, que se mojará, que se bañará, que se llenará de burbujas, que se secará, que será tomada, que reposará y, finalmente, que será devuelta a la Soledad.

La casa del barrio de la Boca se presenta con imágenes siempre en movimiento. Miradas temblorosas como el pulso que refejan como es la vida, en movimiento. Se deja ver en perspectiva, frontalmente, con un trozo de cielo, con movimientos ascendentes y descendentes de la mirada, en plena evulsión o tensión, o de forma más localizadora enseñando la ropa tendida y las ventanas abiertas. El paseo de la mirada por la casa nos lleva a movimientos que en ocasiones son coincidentes con la dirección de la mirada colocada a continuación y en ocasiones, contrarios. Es la misma dialéctica que existe entre las hermanas mellizas Victoria y Soledad.

Victoria se insinúa constantemente. Aparece y desaparece detrás de las cortinas y da la impresión de que sabe en todo momento qué hago y qué voy a hacer. Su aparición y permanencia tras la ropa blanca le otorgan cierto aire de divina. Su encuentro parece casual pero ella lo tenía perfectamente programado. Me estaba esperando, aguardaba el momento en que mi atención la convirtiera en una imagen enfocada, clara, nítida, brillante. Una vez localizada, no soporta que la abandone y menos para estar con su hermana Soledad. Victoria me espionará, vivirá obsesionada. Se pondrá tantas joyas que sus mismos collares la irán ahogando poco a poco. Será el pastel más rico que nunca se llegó a comer nadie y morirá presa de su devoción a mí. Quedará para siempre con un agujero en el pecho, en el lado derecho, el otro se lo reserva por si un día le ponen un corazón.

En la casa, mi reflejo se prolonga en el cristal. Movimientos verticales ponen y quitan una espumosa textura a mi cara. Movimientos que pueden estar en armonía o contradicción con movimientos vecinos, como Victoria y Soledad. Mi reflejo es reflejo en el cristal y metáfora en el agua. En el agua soy movimiento circular, plano en la superficie horizontal y volumen, cada vez más, con el grifo abierto. En el agua soy ritmo conferido a mi autorretrato, de la misma manera que Victoria pretende serlo colocándose siempre tras una imagen de la casa, que soy yo.

Entre todas las miradas de mi autorretrato media únicamente un parpadeo. Ésta es la única transición utilizada en la construcción de mi imagen audiovisual. La última imagen, sin embargo, la de la segunda crisis en la casa del barrio de la Boca, se muestra como un corte que se funde a negro por el efecto que causa en nosotros el movimiento, la inestabilidad de la primera imagen. No se trata, en cualquier caso, de un fundido a negro, que es lo que correspondería a un final de viaje, sino que es un corte que da paso a la última imagen del autorretrato: el negro, Soledad.

